

tuamente á insidiosa política para perderla. Primero trató de hacerle realizar un casamiento indigno de su alcurnia, pero como María rechazara con noble orgullo esas proposiciones, Isabel no insistió. La reina de Escocia se casó con Darnley, y luego tuvo que dar su mano al pérfido Bothwel, uno de los asesinos de su primer marido (1567). A partir de ese momento, María no cesó de ser presa de grandes desgracias. Habiéndose rebelado su pueblo, tuvo que huir y se refugió en Inglaterra (1568). Isabel le dió como asilo una prisión, en la cual pasó veinte años (1568-1587). Durante ese tiempo, la reina de Inglaterra alentó la guerra civil en Escocia, en Francia y en los Países Bajos en provecho de los innovadores, y tomó severísimas medidas contra los católicos que aun quedaban en sus Estados. Por fin hizo condenar á muerte á María Estuardo, y esta desdichada reina subió al cadalso en 7 de febrero de 1587. Su hijo Jacobo VI no tuvo valor para vengarla, pero el rey de España, Felipe II, envió contra Inglaterra una escuadra formidable. Isabel desplegó en ese gran peligro ánimo varonil, y tuvo la suerte de que los vientos y las tempestades la librasen de tan formidable enemigo (1588). Después de esos sucesos se mostró más orgullosa que nunca. Sos-tuvo á los protestantes en todos los puntos de Europa, y puede asegurarse que en su tiempo se elevó al apogeo la autoridad real en Inglaterra. Sin embargo, á pesar de todos esos triunfos, vió en sus últimos años que sus crímenes le habían hecho perder su popularidad, y tanta pena le causó notar, que murió de ella el 24 de marzo de 1603.

CAPÍTULO XXIX.

EL CONCILIO DE TRENTO Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

Como la herejía iba extendiéndose por Alemania y los Estados del Norte, por Suiza y los Países Bajos, por Francia, Inglaterra y Escocia, los sumos pontífices debieron tomar medidas para estorbar sus progresos. Ante todo se hizo necesario definir bien la doctrina católica para evitar las interpretaciones erróneas; eso fué lo que hicieron al convocar el concilio de Trento. Definida la doctrina, fué preciso propagarla y rechazar los errores contrarios á ella. Esta fué la misión de la Compañía de Jesús, que en poco tiempo contó multitud de escritores, de maestros, predicadores, misioneros y hombres de ciencia que extendieron su acción por el mundo entero.

§ I. — Concilio de Trento (1545-1564).

De la acción del papado desde la condenación de Lutero. — León X había condenado los errores

(1) Véase Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*, *Vida de San Ignacio* é *Historia de la Compañía de Jesús*.

de Lutero, pero eso no detuvo los progresos de la herejía. Su sucesor, Adriano VI, maestro que había sido de Carlos V, era hombre de estudio, á quien su elección sorprendió. Ese austero neerlandés no perdonó medio para reformar al clero en su cabeza y sus miembros, según entonces se decía, y con tal fin tomó por consejeros íntimos á San Gaetano de Theenne, á Pedro Caraffa, arzobispo de Theate y á otros personajes eminentes por sus virtudes.

Su pontificado, que sólo duró un año (1522-1523), fué demasiado corto para dejar señales profundas. Sucedióle Clemente VII (1523-1534), quien tuvo el dolor de ver á Roma invadida por un ejército de luteranos alemanes, mandados por el condestable de Borbón, magnate cuyo orgullo lo llevó á hacer traición á su país.

La biblioteca del Vaticano, fué saqueada, las plazas é iglesias de Roma se convirtieron en mercado donde se traficaba con los vencidos, las basílicas de San Pedro y de San Pablo, que Alarico y sus visigodos habían respetado, fueron manchadas por abominaciones que indignan, y el saqueo que sólo duró quince días con Genserico, floreció esta vez por espacio de dos meses sin cesar un momento. El papa sitiado en el castillo de Sant Angelo, firmó una capitulación que le imponía fuerte rescate.

Durante su gobierno, Clemente VII recibía cada mañana noticias de nuevas defecciones. Á las pérdidas que la Iglesia realizaba en Alemania por la propaganda de Lutero, hubo que añadir también la de parte de Suiza, donde dominaba Calvino. El papa había esperado mantener á Inglaterra en el seno de la Iglesia, pero no tardó en saber que Enrique VIII, arrastrado por sus pasiones, acababa también de echarse en brazos del cisma. Clemente VII murió de la pena que tantas desgracias le causaron (sept. 1534). Puede decirse de él que atravesó rudas pruebas, pero que supo soportarlas con firmeza y valor.

Ese papa había designado para que lo reemplazara al cardenal Farnesio, Paulo III (1534-1549), que el Sacro Colegio eligió por unanimidad. Ese digno pontífice tuvo por consejeros á los Contarini, los Caraffa,

los Sedolet y los Polo, es decir á los hombres más virtuosos y sabios de su siglo. Siguiendo el parecer de los mismos, reformó la cámara apostólica, la cancellería y la penitenciaría, y se entendió con el emperador y los restantes soberanos para celebrar un concilio ecuménico.

Concilio de Trento (1545-1564). — Ese concilio se reunió en Trento, inaugurándose en 15 de marzo de 1545. Desde su principio, el cardenal del Monte, uno de los tres legados de Paulo III, expuso en nombre del soberano Pontífice los motivos que lo habían excitado á convocar esa asamblea. Según dijo, eran tres: la extirpación de las herejías, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y la reforma de las costumbres. Como el papa no temió emplear la palabra *reforma*, de la cual decían calumniosamente los herejes que era enemigo, el concilio empleó la misma expresión y resolvió ponerla en cabeza de sus decretos disciplinarios. Desde la segunda sesión, y para probar toda la importancia que daban á esa parte de su cometido, los Padres del concilio decidieron que se ocuparían simultáneamente de las materias dogmáticas y de las de la reforma, de tal manera que, á la vez que determinasen lo que se debe creer, se aplicaran igualmente á decir lo que se debe practicar. « Hay dos puntos, exclamó el obispo de San Marcos en presencia de todo el concilio, hay dos puntos en que la cristiandad se halla gravemente enferma: la religión y las costumbres: si no ponéis remedio á sus males, ambas cosas están perdidas. La religión está amenazada por los tráfugas declarados que trastornan toda su doctrina, por esos ocultos enemigos que pervierten la fe á la vez que parecen ser de los nuestros, por los turcos y los infieles, que cada día le arrebatan sus más hermosos dominios. Las costumbres han sido pervertidas por los tristes ejemplos que los pastores de las almas han dado á los pueblos. Y éstos, imitando nuestra conducta han caído en los espantosos abismos de donde no pueden salir á menos de que nosotros los saquemos, volviendo á las virtudes en que Cristo ha fundado su Iglesia, esto es, la justicia, la humildad, la pobreza y la caridad. »

Antes de empezar los trabajos, se determinó el or-

den que habría de seguirse en las sesiones y en la preparación de los decretos. Convino que las cuestiones serían sometidas previamente á congregaciones de teólogos y canonistas, y que, después de ese estudio previo, las examinaría un congreso general de obispos, que redactaría el decreto, sometiéndolo al concilio en pleno para recibir su sanción.

Como la Santa Escritura era el punto de partida de todas las controversias entre católicos y protestantes, el concilio empezó por declarar auténticas la Vulgata y el canon de las Escrituras, tales como los acepta la Iglesia romana. Y para combatir los errores de Lutero, que tenían por base la falsa idea que éste se formaba del pecado original y de la justificación, el concilio expuso la doctrina católica sobre ambos particulares, y anatematizó los errores de los protestantes respecto de la gracia y de los sacramentos.

Ya había agregado á esas decisiones dogmáticas decretos disciplinarios llenos de sabiduría sobre los deberes del clero, cuando estalló en Trento y los pueblos comarcanos una epidemia, por lo cual tuvo la asamblea que suspender sus trabajos (1547), los cuales no fueron reasumidos hasta la época de Julio III, sucesor de Paulo IV (1551).

Entonces el concilio reglamentó todo lo referente á la Eucaristía, á la Penitencia y la Extremaunción. Los protestantes habían negado la eficacia de esta última y de la absolución sacramental, y atacado la presencia real, sea negándose á admitirla, como Calvino y los sacramentarios, sea desfigurándola, como Lutero y sus discípulos. Esos diversos errores fueron condenados en las sesiones que se celebraron bajo Julio III.

Pero los acontecimientos políticos obligaron á este Pontífice á suspender los trabajos del concilio (1552), que no pudieron continuar hasta diez años más tarde. Pío IV convocó de nuevo, en la misma ciudad, á todos los obispos del mundo católico, y la grande asamblea tuvo la fortuna de llevar á feliz término su empresa. Fijó, pues, todos los puntos de fe que habían sido alterados, é hizo reglamentos disciplinarios dignos de la sabiduría y santidad de los primeros siglos de la era cristiana.

Nunca había estado reunido tanto tiempo concilio alguno, ni lo hubo tampoco que realizara tan grandes cosas. Como la Iglesia era atacada en todas las partes de su enseñanza, el concilio siguió al error donde quiera que éste había tenido la audacia de penetrar. En la administración de las cosas santas y en la disciplina eclesiástica reinaban grandes abusos, que los Padres se aplicaron á extirpar de raíz, esforzándose de ese modo en devolver al catolicismo su primitiva pureza. Lo mismo que los de Nicea, Éfeso, Calcedonia y todos los ecuménicos, el concilio de Trento, que había sido convocado por el papa y presidido por sus legados, se dirigió á Pío IV para pedirle la confirmación de todos y cada uno de los acuerdos que tomara, tanto bajo Paulo III y Julio III, de feliz memoria, como durante su propio pontificado. La bula de confirmación fué publicada en el consistorio de 26 de enero de 1564, y desde ese momento todo católico debió considerar como irrefragables las decisiones dogmáticas que el concilio había promulgado.

§ II. — *La Compañía de Jesús.*

De las órdenes religiosas. — La Iglesia no había esperado las declamaciones de Lutero y de Calvino para esforzarse en reformar los abusos que se habían introducido en su seno. Desde fines del siglo xv y principios del xvi tomó dicha institución excelentes medidas que estaban produciendo su fruto cuando aparecieron los innovadores. La crítica de éstos no hizo más que activar el celo de los santos que se habían consagrado á dichas reformas, así como la vigilancia de los papas y de los obispos. Las reglas establecidas por el concilio de Trento fueron luz que guió á multitud de países, y poco tiempo después se notó mejora considerable en el conjunto de la vida religiosa y clerical.

Vióse manifiestamente que nada era más necesario que llevar de nuevo al clero á su pureza primitiva, reanimando en su celo el espíritu apostólico. Entonces se establecieron congregaciones de *clérigos regulares*, cuyo principal objeto fué asistir á los enfermos, com-

batir las herejías, excitar á los laicos para que no descuidaran los sacramentos, reanimar entre los miembros del sacerdocio el espíritu de desinterés, de regularidad y de fervor, el gusto por el estudio, el respeto hacia las cosas santas, y el celo por el culto externo.

Tal fué el trabajo especial de los religiosos de San Cayetano y de San Pablo, cuyos establecimientos se multiplicaron en Italia, en Francia, en Austria y en España. San Carlos Borromeo creó con el mismo fin los *legos de San Ambrosio*, en Milán. Esos sacerdotes seculares, que no hacían más voto que el de obediencia al obispo, debían ser, según el pensamiento de aquel gran santo, eclesiásticos modelos, cuyos ejemplos reanimasen en todo el clero el espíritu de perfección que la desgracia de los tiempos había alterado profundamente.

San Felipe Neri instituyó por la misma época la congregación del *Oratorio*, que se extendió rápidamente por los Estados romanos y por toda Italia. Esa congregación, cuyo objeto era propagar en el pueblo la instrucción religiosa, enseñando el catecismo á los niños y á los pobres, no dejó por eso de contar desde su principio entre sus miembros sabios ilustres y hombres de genio, como el cardenal Baronio y Orderico Rainaldo, que tan grandes servicios han prestado á la Iglesia con sus trabajos históricos.

De la Compañía de Jesús. — Sin embargo, la orden que pareció designada más particularmente para defender á la Iglesia contra los innovadores, fué la de los jesuitas. Su fundador, San Ignacio, nació en Vizcaya (España) en 1491, en el castillo de Loyola, y de familia noble. Había estado de paje en la corte de Fernando V, distinguiéndose por su valor en el campo de batalla. Como recibiera una herida en el sitio de Pamplona (1521), estuvo en cama mucho tiempo, que empleó en leer las *Vidas de los Santos*. Ese libro ejerció tal impresión en su ánimo, que decidió renunciar al mundo para consagrarse á Jesucristo.

Primeramente efectuó una peregrinación á Jerusalén, y de la Tierra Santa volvió á España para continuar allí sus estudios. Más tarde, en 1527, pasó á París, entró en el colegio de Montaigu, en el momento

mismo en que Calvino salía de él, y concibió el proyecto de fundar una sociedad que tuviera por objeto la predicación del Evangelio á los infieles, la instrucción de la juventud y la conversión de los herejes. En tal virtud, se unió con San Francisco Javier, Lainez, Lefèvre, Salmerón Bobadilla y Rodríguez, y todos ellos pronunciaron sus primeros votos el día de la Ascensión, en 1534, en la capilla subterránea de la abadía de Montmartre, cerca de París.

De ese modo quedó fundada la *Compañía de Jesús*, que el papa aprobó en 1540 y de la cual fué nombrado general San Ignacio el 17 de abril del año siguiente. Como los ataques de los herejes tomaron por blanco preferido al sumo pontífice, San Ignacio añadió á los tres votos ordinarios, el de obediencia á la Santa Sede, que hacen todos los profesos. Y como el espíritu de independencia agitaba entonces á todas las naciones, dió á su compañía constitución sólida, fortificando en ella, al contrario y sobre todo, el principio de autoridad. Por ese motivo quiso principalmente que el general de la orden fuera perpetuo y absoluto; pero á fin de dar útil contrapeso á su poder, tuvo cuidado de rodearlo de un censor y cuatro asistentes.

Debiendo sus religiosos combatir á los enemigos de la fe, San Ignacio comprendió que no podía hacerlo eficazmente más que por medio de la ciencia y de la persuasión. Así fué que tomó acertadas disposiciones para que su orden pudiera distinguirse siempre por la ilustración de sus miembros, y para que se convirtiese en semillero de oradores, de sabios, de escritores, literatos é historiadores, que pusieran al servicio de la fe todos los recursos del talento y del genio.

Esa orden se extendió con tal rapidez que el año mismo en que San Ignacio fué nombrado general, pudo enviar misioneros á casi todas las partes de la cristiandad. San Francisco Javier salió de Lisboa para las Indias; Salmerón y Pasquier Brouet fueron á Irlanda, en calidad de nuncios apostólicos, para mantener allí la fe católica; Santiago Lainez comentó la Sagrada Escritura en Venecia; Pedro Lefèvre se distinguió en Madrid; y Simón Rodríguez llenaba de admiración á Portugal, mientras Nicolás de Bobadilla y Claudio Le Jay eran el

terror de los herejes en Viena y Ratisbona. La mayor parte de las iglesias de Roma habían oído la palabra elocuente de los nuevos apóstoles; en Ferrara, en Parma, en Brescia, que la invasión de los sectarios amenazara, aquéllos supieron triunfar de todos los enemigos de la fe y avivar el celo de las buenas obras en las almas más fervorosas. Siena, Padua, Montepulciano, Faenza y multitud de otras ciudades de Italia se habían convertido, cediendo al influjo de sus vivísimas exhortaciones, y en unos cuantos meses dieron impulso universal á la causa católica en toda la Península. Paulo III quedó tan impresionado por esas noticias que no tardó en levantar la restricción que había puesto al desarrollo de la orden, permitiéndole que se extendiera sin limitación de personas ni tiempo. Para facilitar su acción, la invistió al mismo tiempo de multitud de privilegios, autorizando á sus miembros á predicar en todos los lugares, á recibir las confesiones, á no sujetarse, en lo tocante á la celebración de la misa, á las horas determinadas. Y tal era su confianza en Ignacio, que lo autorizó á modificar las antiguas constituciones de la orden y á añadir otras, según lo juzgara conveniente (1543).

Mientras el personal de la Compañía no fué numeroso y que por otra parte no hubo personas formadas para la enseñanza, precisó limitarse á predicar en las iglesias y á dar instrucción religiosa á los niños. Pero ya en 1545, esto es, seis años después de la confirmación de su regla, San Ignacio pudo abrir un colegio dirigido por la compañía. Francisco de Borgia, que se había separado del mundo desde la muerte de la duquesa de Gandía, ofreció á los discípulos de San Ignacio la facilidad de establecerse en sus tierras, fundando en Gandía su primer colegio. Lefèvre, que se hallaba en Valladolid, recibió encargo de organizarlo, conforme á las ideas de la Compañía, y San Ignacio mandó á él profesores que había elegido por sí mismo, en cinco ó seis naciones diferentes. Al estudio de la gramática agregó el de la poesía, de la retórica, de la filosofía y la teología, y para dar mayor importancia á ese establecimiento, Francisco de Borgia obtuvo del emperador y del papa que se le erigiese en universidad,

que los alumnos pudiesen tomar en él sus grados, y que tuviera los mismos privilegios que las universidades de Alcalá y de Salamanca. Ignacio reglamentó con mucho cuidado el orden de los estudios, é inhicó á los profesores la marcha que debían seguir para asegurar los progresos de los jóvenes en la ciencia y la virtud (1547).

En cuanto á la parte literaria, recomendó expresamente que no se dejara en manos de los escolares ningún autor griego ó latino sin que se le expurgase previamente con el mayor cuidado, de modo que no cayese nunca ante su vista ninguna imagen ó cuadro que manchara su imaginación. Como el mejor medio de ponerlos á cubierto contra las sutilezas de la herejía era darles nociones filosóficas ciertas y acostumbrarlos al arte del razonamiento, Ignacio quiso que se consagraran tres años al curso de filosofía, estudiando en el primero la lógica, en el segundo las ciencias físicas y en el tercero la metafísica, de la cual se separaban, respecto de Dios y de los ángeles, las cuestiones que pertenecían más bien á la teología. Dirigidos con arreglo á esos principios, los nuevos colegios obtuvieron en poco tiempo tan gran reputación, que todas las ciudades importantes desearon poseer un establecimiento de ese género. Los más notables fueron el de Coímbra en Portugal, el de Ferrara, que Hércules de Este hizo construir, los de Colonia, la ciudad del Rhin, y de Ingolstadt en Baviera, de Viena en Austria y de Praga en Bohemia. Estos cuatro últimos detuvieron los progresos de la herejía en Alemania é hicieron florecer la fe católica en las regiones que hasta entonces no habían sido infestadas por el error. Pero los dos establecimientos más importantes fueron el colegio romano y el germánico, en la misma Roma, en el centro del catolicismo.

El colegio romano fué el colegio modelo de la orden, el que imprimió su movimiento á los demás institutos de la misma clase, diseminados por las restantes naciones. « Ese fué, según las palabras de Pío IV, el semillero de cuantos se fundaron en Italia, en Alemania y en Francia. De ese seminario fecundo es de donde sacó el papado ministros escogidos y capaces, como otras

tantas plantas llenas de savia y abundantes en frutos, para enviarlos á los puntos donde más necesarios eran sus servicios. » San Ignacio sentó el 26 de febrero de 1550 las bases de ese establecimiento, que debía oscurecer con sus resplandores á todas las universidades de Roma y del mundo. Eligió los maestros en la universidad de París, y les hizo adoptar los métodos de enseñanza de ésta, que consideró excelentes. En 1555 salieron de esa casa cien discípulos, para diseminarse por los diferentes Estados de Europa y difundir en ella, desde los distintos puestos que ocupaban, el espíritu católico que les animaba. Doscientos nuevos discípulos reemplazaron á los anteriores, y el número de estudiantes se elevó rápidamente á dos mil. El emperador Fernando I escribía en 6 de marzo de 1560 á Pío IV : « Desde esa casa han sido enviados en los años anteriores, no sólo á nuestros reinos y dominios, sino también á todos los Estados de Italia, á Francia, Bélgica y demás reinos de la cristiandad y hasta á las Indias, gran número de hombres notables por su ciencia y su virtud. Y no hay año en que no salgan otros, los cuales, diseminados por las diferentes partes del mundo, propagan la verdad, defienden la religión y reaniman la antigua fe. »

San Ignacio completó esa creación con la del colegio germánico. La experiencia había demostrado que, para combatir con éxito la herejía, no había nada más eficaz que oponer á Lutero y sus discípulos hombres de su misma nación, contra los cuales no podría el pueblo sentir las prevenciones que en general inspiran los extranjeros. Así pues, Ignacio concibió el proyecto de establecer en Roma un colegio exclusivamente destinado á los alemanes, y cuyos estudios tuvieran solidez bastante para convertir á los alumnos en misioneros celosos, predicadores elocuentes y buenos teólogos. El papa Julio III aprobó su propósito, y la bula erigiendo el colegio germánico fué promulgada en 31 de agosto de 1552. Ignacio creó en ese establecimiento cátedras de filosofía, de teología y de Santa Escritura, y empezó la enseñanza con diez y ocho discípulos. Al año siguiente subió ese número á cincuenta y cuatro, y ese seminario fué organizado

de manera tan perfecta, que el concilio de Trento tomó de su reglamento la mayor parte de su decreto relativo á los seminarios episcopales.

Resumen de este capítulo. — Los dos medios de resistencia que los sumos pontífices pudieron oponer á los errores del protestantismo, fueron el concilio de Trento y la Compañía de Jesús.

I. Inmediatamente después de la condenación de Lutero, los papas se consagraron á la reforma de la Iglesia. Adriano VI reinó poco tiempo. Clemente VII fué estorbado en su empresa por las invasiones de los alemanes, que saquearon á Roma durante varios meses, pero Paulo III tuvo la suerte de poder convocar un concilio, que se celebró en Trento, y que duró cerca de veinte años, aunque con tres interrupciones. Bajo Paulo III (1545-1547) determinó esa asamblea el canon de las Santas Escrituras y la doctrina de la Iglesia tocante al pecado original y la gracia. En tiempos de Julio III (1551-1553), trató de la Eucaristía, la Penitencia y la Extremaunción, y bajo Pio IV (1562-1564) terminó su obra. Sus decretos dogmáticos y sus reglamentos disciplinarios fueron aprobados por el Sumo Pontífice en 26 de enero de 1564.

II. Las órdenes religiosas fueron los instrumentos de que se sirvió la Iglesia para combatir el error y propagar su doctrina. Las antiguas fueron reformadas, apareciendo además los oratorianos y otras órdenes nuevas. La más célebre fué la Compañía de Jesús. Fundóla San Ignacio de Loyola, quien se convirtió en 1511, pasó á París en 1527 y sentó las bases de su instituto en Montmartre en 1534. El sumo Pontífice agregó la nueva asociación en 1540, y San Ignacio, que fué nombrado general el año siguiente, no tardó en enviar misioneros á casi todos los puntos de la cristiandad. Á la vez que se entregaba á la predicación, la orden se consagró á la enseñanza, y en 1545 abrió su primer establecimiento. El colegio romano, que debía ser el modelo de la orden, fué instituido en 1550, y San Ignacio completó esa creación con la del colegio germánico. La orden contó entonces misioneros, predicadores, profesores, sabios y literatos célebres, y se distinguió tanto por sus publicaciones como por sus trabajos.

CAPÍTULO XXX.

GUERRAS RELIGIOSAS; FELIPE II; PAPEL QUE DESEMPEÑA EN EUROPA; INDEPENDENCIA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS; GUILLERMO EL TACITURNO (1).

España disfruta bajo Felipe II de la preponderancia que le había adquirido en Europa el genio de Carlos V. Esta poderosa monarquía, al declararse resueltamente por la Iglesia católica, prestó importantísimos servicios á la verdadera fe. Felipe II fué el protector del catolicismo en toda Europa, y con tan glorioso título, estuvo á punto de alcanzar el imperio universal, en que parece haber soñado su ambición. En efecto, el momento parecía favorable: Portugal se hallaba en plena decadencia; Inglaterra y Francia estaban desgarradas por la guerra civil; Alemania se había separado en dos bandos; Polonia se hundía en la anarquía: sólo quedaba en pie vigorosamente el imperio de Felipe II, cuyos extensos dominios envolvían como una red todos los restantes Estados de Europa. Pero la Providencia no permitió que ese príncipe lograra realizar sus vastos designios, y hasta hizo fracasar la mayor parte de las empresas de ese soberano. La decadencia de la monarquía española comenzó en su reinado, para continuar rápidamente en los de sus débiles sucesores. Sin embargo, su influencia fué muy útil á la verdad, porque gracias á ella pudieron los católicos de todas las naciones contener los progresos del error, y porque su actitud enérgica impidió que penetrara en España la herejía.

§ I — *La reforma en los Países Bajos. Independencia de las Provincias Unidas. Guillermo el Taciturno (1555-1579).*

Poderío y política de Felipe II. — En Europa no había monarca capaz de rivalizar en poder con Felipe II. Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, los Países Bajos y el Franco Condado le obedecían. En África contaba las provincias de Túnez y de Orán, las Canarias, las islas de Fernando Po y de Santa Helena; y por fin, Méjico, el Perú y las más hermosas regiones de América lo enriquecían con sus tesoros. Felipe decía sin

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de España y Portugal, consúltense: Weiss, *Historia de España desde el advenimiento de Felipe II*; Vertot, *Revoluciones de Portugal*; Schiller, *Historia de la insurrección de los Países Bajos*; Prescott, *Historia del reinado de Felipe II*; Teodoro Juste, *Historia de la revolución de los Países Bajos en tiempos de Felipe II*.